

Los bordes del archivo existencialista en Sur: intervenciones de Victoria Ocampo en el contexto de posguerra.

Por Ana Julieta Núñez y María Celia Vázquez (Universidad Nacional del Sur)

Resumen

Una revista cultural puede ser abordada como una forma particular de archivo, en este caso público y de circulación libre en el circuito que se establece entre escritores, editores y su horizonte de lectores. La colección de sus números abren para el investigador un espacio de materiales (ensayos, textos literarios, entrevistas) de distintas épocas y procedencias que, al modo de un laberinto, como diría Didi Huberman, permiten trazar diversos recorridos de lectura, levantar cartografías de núcleos temáticos e intervenciones culturales. En este sentido, la revista SUR se constituye, para nosotros, en un archivo donde rastrear la recepción de escritores y filósofos vinculados a la órbita del existencialismo francés a partir de la segunda postguerra mundial. Las traducciones, reseñas y debates publicados a lo largo de una época mojonada entre la segunda mitad de la década del cuarenta y fines de la del cincuenta pueden ser recortados y separados para constituirlos, a su vez, en documentos de un archivo en segunda instancia que construye el investigador. Nuestra ponencia antes que enfocarse en un aspecto particular más bien reconstruye una perspectiva del conjunto de las publicaciones de la revista dedicadas y/o relativas al existencialismo. A partir del relevamiento y análisis de artículos, reseñas, referencias y citas en general de los escritores vinculados a esta corriente, se evaluarán criterios de selección del material que podría incluirse como parte de un archivo, en una posible antología, que incluye a Sur pero la excede, del existencialismo en la Argentina.

Palabras claves: ARCHIVO-EXISTENCIALISMO-SUR

[E]l oleaje nos golpeaba cráneo contra cráneo y, un instante después, nos proyectaba a cada uno en las antípodas del otro... Los dos nos hemos querido mal. Solo me queda agregar que esta larga amistad perdurará en mí como una herida eternamente abierta” (Sartre, 1965, p.3).

Con estas palabras J-P Sartre despide a Maurice Merleau Ponty, quien fuera amigo y estrecho colaborador en la revista *Tiempos Modernos*. La tempestad, ese oleaje furibundo que a estos “pares, amigos, no semejantes” los hizo chocar cráneo contra cráneo (por citar al escritor francés) no representa otra cosa que aquella fractura que

partió en dos el mundo de la Guerra Fría; en particular esa hendidura insalvable entre ellos se abrió después de que el cofundador de la revista denunciara los campos de trabajos forzados en la URSS. Para ese entonces Sartre ya había desistido de la búsqueda de una tercera posición y se había inclinado a favor del comunismo y del régimen soviético. Alrededor de esta cuestión también giró la famosa polémica con Albert Camus, cuya repercusión cruzó el océano y desembarcó en *Sur*. Si bien había ejercido su hospitalidad con ambos escritores, a partir de la disputa la revista se identificó con la posición del argelino ya que Sartre, como indica Sara Vasallo (2010), en el contexto de la polémica quedó del “lado de una línea ‘autoritaria’ y antidemocrática” (p. 49), a diferencia de su compañero de ruta que fue ligado al liberalismo entendido en un sentido amplio. No obstante, como ya dijimos, la recepción de ambos escritores es previa a la polémica de 1952, específicamente se produce en el contexto de posguerra.

¿Por qué decidimos abrir un trabajo sobre el archivo del existencialismo en *Sur* con la cita de un texto de Sartre que no fue publicado en la revista? En principio, porque en el obituario se deja leer ese clima de fricciones y de beligerancia que así como impregnaba la época, motivaba el entusiasmo por la recepción de estos autores. Al menos eso es lo que ocurría en una publicación fuertemente interpelada por los totalitarismos desde el mismo momento de su fundación como la dirigida por Victoria Ocampo. Por otra parte, no es indiferente que la cita pertenezca a un obituario ya que anticipa el corpus de análisis de este trabajo. Concretamente nos centraremos en aquellos textos que escribió Ocampo en ocasión del suicidio de Pierre Drieu La Rochelle.

En esta instancia se impone otra pregunta: ¿Por qué nuestra lectura sobre el archivo existencialista en *Sur* se refiere a textos escritos por una argentina y dedicados a la memoria de un francés, quien sin duda ideológicamente estaba en las antípodas de aquello que representaban Albert Camus y Jean Paul Sartre en la coyuntura de la posguerra? Así como Derrida (1997) se pregunta “¿Qué archivo? ¿El de Sigmund Freud? ¿El de la institución o el de la ciencia psicoanalítica?” (p.30), nosotras creemos también necesario establecer si lo archivable en *Sur* es el existencialismo francés como movimiento o más bien solo algunos textos de los escritores en la órbita existencialista. Nuestra respuesta se inclina por la segunda opción. Hecha la aclaración entonces lo que importa ahora es (retomando las preguntas de Derrida) la cuestión de por dónde hacer pasar el límite, “hasta dónde se extiende el archivo, qué corpus incluye”. Como se sabe, la demarcación de los límites se destaca como una

problemática central para el archivo, el que de acuerdo con su lógica y semántica “pone en reserva, acumula, capitaliza, almacena una casi infinidad de capas, de estratos de archivo a la vez superpuestos, sobreimpresos y envueltos los unos en los otros” (Derrida, 1997, p.30). Esas capas a las que alude Derrida en el caso del archivo *Sur* estarían representadas primero por traducciones de los textos originales (ensayos, conferencias, obras literarias, reseñas) firmados por Sartre y Camus, segundo por textos sobre estos autores escritos por colaboradores de la revista (comentarios críticos y reseñas), y finalmente por citas textuales o indirectas y argumentos parafraseados en estilo indirecto libre, que aparecen intercalados en ensayos de diversos colaboradores. En este trabajo, antes que detenernos en la zona central del corpus, nos interesa reparar en las últimas capas geológicas, las que debido a su carácter indirecto nos permiten reconstruir el proceso de apropiación creativa de argumentos y citas de Sartre y Camus por parte de los colaboradores de la revista. Específicamente tomamos los textos de Victoria Ocampo sobre Drieu a partir de la hipótesis de que esos usos indirectos al mismo tiempo que permiten identificar los vestigios de los escritores franceses pueden interpretarse como síntoma de una operación clave de *Sur*, la que se sintetiza en la lectura del existencialismo bajo la inflexión moralista humanista.

Sur publica el obituario que escribió Ocampo “Pierre Drieu La Rochelle; Enero de 1893-Marzo de 1945”, en el número 126 correspondiente a abril de 1945. Hasta ese momento no se había incluido ningún texto de Camus, recién al año siguiente la revista publicará *Calígula* (traducida por su directora) y *Cartas al amigo alemán*. No obstante, es posible encontrar cierta afinidad entre los argumentos expiatorios a los que apela la escritora con relación al colaboracionismo de Drieu y las tesis del humanismo de cuño existencial. Para justificar la posición política del amigo se basa en diversos argumentos. Por un lado, explica que: “Cuando estalló la Guerra del 14, Drieu tenía veinte años. Combatió y fue herido. Desde entonces se enamoró extrañamente de ciertas doctrinas (que no estaban todavía difundidas ni bautizadas) y de la gran nación contra la cual había peleado valerosa y victoriosamente” (p. 154). Por otro, lo exime como alguien que se equivocó sin incurrir en traición. Este argumento además le sirve para introducir la cuestión del nacionalismo bajo la figura del amor a la patria, “No se le puede acusar de no haber querido a Francia, a Europa. Las quería y se preocupaba de ellas a su modo, que no era el nuestro” (p. 154). Como se sabe, este es un tema álgido en la coyuntura política general y problemático en el horizonte del ideario liberal de Ocampo y de la revista en particular.

Curiosamente a través de estos argumentos se pueden seguir las huellas de algunas hipótesis esbozadas en las *Cartas al amigo alemán*; por ejemplo eso que Ocampo en el obituario alude como fascinación con la fuerza alemana, es para Camus tentación por lo instintivo y la barbarie:

Nosotros teníamos mucho que dominar y ante todo, tal vez, la perpetua tentación que sentimos de parecernos a vosotros. Porque hay siempre en nosotros algo que se deja ir al instinto, el desprecio de la inteligencia, el culto de la eficacia. Nuestras grandes virtudes terminan por cansarnos. La inteligencia nos avergüenza y en ocasiones imaginamos alguna feliz barbarie en que la verdad nos costara trabajo. (Camus, 1948, p. 9)

Por otra parte, así como a Ocampo le preocupa separar el patriotismo del nacionalismo cuando aclara que el tipo de amor que siente Drieu por Francia difiere del suyo, en el prólogo a la edición italiana Camus (1948) confiesa: “Amo demasiado a mi país para ser nacionalista”(p. 8). Por último, entre el prólogo de él y el obituario de ella también se observa una preocupación común forjada por los dilemas éticos que la coyuntura de posguerra le plantea al lenguaje. Camus se disculpa por el estilo empleado en las cartas que escribió entre julio de 1943 y julio de 1944, cuando no dudaba en declarar su enemistad a los alemanes. Durante la Ocupación y días antes de la Liberación de París primaba la intención de “esclarecer un poco el ciego combate en que estábamos embarcados y hacerlo así más eficaz” (Camus, 1948, p.8). Al mismo tiempo admite que en esos textos coyunturales “puede traslucirse (...) un tono de injusticia” y advierte que “para escribir sobre la Alemania vencida, habría que utilizar un lenguaje un poco diferente” (p.8). En sintonía, cuando Ocampo (1945) se despide del amigo de quien se había separado por diferencias irreconciliables en el plano político y filosófico, prefiere hablar en términos expiatorios antes que revanchistas como ella misma lo expresa en una suerte de sentencia: “La actitud del vencedor que elogia al vencido es siempre generosa y bella” (p. 155).

Una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial y recuperadas las vías de comunicación con Europa, tal como observa John King (1989), *Sur* inicia un proceso de incorporación de autores franceses (Sartre, Camus, de Beauvoir, Merleau Ponty) relativamente nuevos en el mundo de habla hispana a quienes la revista presenta como “héroes literarios de posguerra” (p.167). Esta apreciación no resulta exagerada si tenemos en cuenta la dimensión mítica (por citar a Terán) que Sartre y Camus, como parte de los escritores de la Resistencia, adquirieron en ese contexto cuando se transformaron en los líderes

intelectuales del momento. Mientras que Camus encarnaba la “moral de la Resistencia” según la cual justificaba, en términos abstractos, la necesidad de salir a matar que tuvo Francia, Sartre en cambio introducía los conceptos de responsabilidad y de compromiso como imperativos del intelectual situado: “El escritor tiene lugar en su época, cada palabra tiene sus consecuencias y cada silencio también” (Sartre, 2008, p.10)

Si, como vimos recién, en el obituario dedicado a Drieu el ideario existencial humanista se puede rastrear solo a través de los puntos de contacto con las Cartas de Camus; en “El caso Drieu La Rochelle”, en cambio, su presencia es explícita a través de menciones tanto de este autor como de Sartre. En 1949 cuando *Sur* publica el ensayo de Ocampo sobre el caso, estos escritores ya habían empezado a ser traducidos; más específicamente, a partir del número dedicado a las letras francesas sus nombres se convierten en una presencia habitual. Como observa King (1989), la selección de los autores incluidos en este número excede el simple hecho de conformar una antología; su traducción y publicación responden a la necesidad de “seleccionar escritores a lo largo de un período, que pudiesen tener influencia directa sobre la orientación estética e ideológica de la revista” (p.167).

En “El caso de Drieu La Rochelle”, Victoria Ocampo sale lisa y llanamente a respaldar al amigo, a defenderlo contra las críticas de las que ha sido objeto en vida, así como después de muerto, por parte de tantos escritores y artistas. Curiosamente la posición de Ocampo coincide con la de aquellos intelectuales franceses que por entonces se preguntaban acerca de las verdaderas motivaciones que llevaron a los colaboracionistas a apoyar a Alemania. El tono expiatorio que caracteriza la intervención de la ensayista se corresponde con el tipo de reacción que el caso tuvo en la propia Francia y en los propios intelectuales franceses: respuesta que fue más escéptica que indignada. En el marco de estas coincidencias, no es casual la cita de fragmentos del Sartre de *Qué es la literatura* (situation II) que introduce Ocampo con la intención de justificar al amigo:

un herrero se verá dañado en su vida de hombre y no en su oficio por el fascismo; un escritor en lo uno y lo otro, pero más quizás en su oficio que en su vida. Escritores que antes de la guerra clamaban por el fascismo se quedaron paralizados cuando los nazis los colmaban de honores. Pienso en Drieu La Rochelle: se había equivocado, pero era sincero y lo probó (Sartre citado por Ocampo, 1999, p.141)

Por otra parte, Ocampo recurre a Camus cuando, en nombre de la diferencia irreductible que la separa de Drieu, la amiga continúa hablándole, interpe­lándolo más allá de la muerte como si le reclamase:

Seamos consecuentes con nosotros mismos. Si no hay bien ni mal ¿por qué no imitar al *Calígula* de Camus? Seamos Calígula. De otro modo nuestra actitud se mostrará, se tornará no solo monstruosa sino pueril y risible. (Ocampo, 1999, p. 28)

Por un lado, Ocampo enfoca su lectura en términos morales antes que políticos; reconoce que más allá de las discrepancias y a pesar de todos los errores y equivocaciones de Drieu, él conservó intacto un resto moral que le impidió comportarse como Calígula en la obra de Camus. Además sugiere que esta imposibilidad de sucumbir al mal, en el caso del amigo, es más proclamada que sentida dado que aquel no había declinado del todo de sus valores. También relaciona el presumido escepticismo de Drieu con cierto impulso autodestructivo (el mismo al que alude Sartre), impulso que se pone de manifiesto en la tendencia a ocultar su costado bueno, una suerte de narcisismo invertido. En síntesis, Ocampo traduce el dilema existencial en términos alegórico-literarios, aludiendo a Tartufo y Calígula, personajes de las obras de Molière y Camus respectivamente. A juicio de Ocampo, el amigo desemboca en ese drama que lo lleva a matarse como consecuencia de no haber defecionado lo suficiente, por eso “tenía tan poca afinidad con Calígula como con Tartufo” (1999, p.29).

Por otra parte, Ocampo (1999) argumenta que si bien ambos personajes literarios encarnan el mal, sin duda el más despreciable, de acuerdo con los principios cristianos de ella, es el de Molière, cuya impostura sugiere la figura del fariseo y, por ende, la máxima corrupción: “Un traidor que se confiesa traidor, un asesino que se sabe asesino son pálidas figuras de la corrupción junto a un fariseo” (p. 29). A diferencia de Tartufo, y a pesar de pervertir todos los valores e incluso convertirse en un asesino, el personaje de Camus no es un fariseo, en la medida en que “pone sus actos al servicio de su pensamiento, va con sus actos donde lo conducen las palabras, vive de acuerdo con sus principios. En este sentido su actitud responde todavía a una moral” (p. 28). Del mismo modo que Calígula — más allá de los errores políticos y las equivocaciones filosóficas—, Drieu tampoco es un fariseo. Más bien se parece a un antifariseo: Pues, como observa Sartre, Drieu, *clerc* (el *clerc* de Benda) ante todo, se alía a lo temporal con inocencia y desinterés. Su colaboracionismo no fue nunca, como el de

otros, oportunismo o cobardía. Este anunciador de catástrofes en tiempo de vacas gordas aguantó hasta el fin las consecuencias de su equivocación en tiempos de vacas flacas.

(Ocampo, 1999, p. 31; las cursivas son del original.)

En síntesis, en esta conclusión acerca de la reserva moral de Drieu, la reivindicación de la coherencia aparece como una vía de conexión entre el Calígula de Camus y el concepto sartreano de compromiso entendido como una manera de asumir la responsabilidad de la posición tomada; para decirlo en términos de Sartre (2008) el intelectual comprometido debe “obrar de modo de que nadie pueda ignorar el mundo y que nadie pueda ante el mundo decirse inocente” (p. 63). Victoria lo ve a Drieu como un hombre situado que se hace responsable de su posicionamiento político. La misma responsabilidad le cabe a ella cuando a pesar de todo asume el riesgo y la incomodidad que supone declarar públicamente su amistad por su amigo colaboracionista en el contexto de posguerra. Más allá de la relación afectiva que la unió a Drieu este pronunciamiento traduce su propio compromiso con la verdad, en virtud del cual define su lugar como intelectual en el mundo. Esa bandera es también la de la revista que no duda en imprimirle su inflexión particular al existencialismo francés.

Referencias bibliográficas

- Camus, Albert (1948) *Cartas a un amigo alemán*. Barcelona: Tusquets.
- Derrida, Jacques (1997) *Mal de archivo; una impresión freudiana*. Madrid: Trotta.
- King, John (1986) *Sur; Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura 1931-1970*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ocampo, Victoria (1945): “Pierre Drieu La Rochelle; enero de 1893-Marzo de 1945”, en: *Sur*, n° 126, abril, pp. 38-41.
- (1949): “El caso de Drieu La Rochelle”, en: *Sur*, n° 180, octubre, pp. 7-27.
- Sartre, Jean Paul (2008) *Qué es la literatura*. Situaciones II. Buenos Aires: Losada.
- (1965): *Historia de una amistad*. Córdoba: Nagelkop.
- Terán, Oscar (2005): “Los años Sartre”, en: *Punto de vista*, n° 82, agosto, pp. 13-16.
- Vasallo, Sara (2010): *Sartre. Una introducción*. Buenos Aires: Quadrata